

## JORGE ENRIQUE ADOUM Y EL VERBO LATINOAMERICANO

Saúl Ibargoyen

**Hace** muchos años, entre 1978 y 1980, cuando con el poeta Jorge Boccanera preparamos tres volúmenes “casi” antológicos de la producción poética latinoamericana del siglo XX bajo el sello pirático Editores Mexicanos Unidos, incluimos poemas de Jorge Enrique Adoum. Sus títulos: “Despedida y yo”, “Recado de la peste” (que por mal trabajo editorial salió mutilado) y “Pont St. Michel”. Fueron varias las ediciones de esas antologías, que recorrieron América y España con bastante fortuna (la dineraria para los editores, la metafórica, y por tanto espiritual, para autores y lectores, que lectores hubo, y aún hay, muchos). Fue buena ocasión para quebrar aun en lo mínimo —en aquella época de internet ausente y, sobre todo, de dictaduras oligárquico-militares que ahora pretenden resurgir ante el doble discurso del imperialismo— distancias y silencios, desinformación y prejuicio, omisiones e incomunicaciones, incomprensiones y elitismos.

Esto me lleva a las palabras de Jaime Labastida: “¿Por qué la crítica no ha colocado la poesía de Adoum entre las de otros poetas decisivos de la lengua española?” Esto implica, pero no de manera totalizadora, un obstáculo entre el mensaje poético de Adoum y el receptor hispanoamericano (aunque no es el suyo el único ejemplo, aquí y en otros países. Y no mencionamos su obra novelística, que alcanzara resonancia y que sin duda tiene vinculación íntima con su poética). Lo anterior, ya sea soslayamiento, ninguneo, ignorancia, desinformación, tal vez y sin tal vez resulte del manejo, en ocasiones impúdico, del poder cultural y mediático, de influencias mafiosas, de procederes estéticos y posturas de ideas que, si bien son de añejo origen, hoy aparecen explícitamente volcados en una acentuación de enfrentamiento ideológico local y continental, muy particular en razón de la crisis general del sistema y de la presencia de propuestas originales y de nuevos actores sociales, que ameritarían un examen riguroso.

Ahora bien, cuando estuvimos en Ecuador el año pasado en la extraordinaria Fiesta Internacional de la Cultura, hubo oportunidad de recibir una antología de la poesía



Saúl Ibargoyen



Jorge Boccanera



Jorge Enrique Adoum

ecuatoriana, a más de libros de Adoum editados por el Ministerio de Cultura de distribución gratuita. Y nos preguntamos: ¿Por qué no se conocen en otros sitios, como México, el Cono Sur, Centroamérica, al menos entre poetas jóvenes, críticos y lectores especializados, los versos de tantos autores ecuatorianos, con excepción quizá de Jorge Carrera Andrade, Alfredo Gangotena e Iván Carvajal, estos dos últimos incluidos en la colección Material de Lectura de la UNAM...? Hay que añadir que en México las revistas *Alforja* y *Blanco móvil* ofrecieron recientemente muestras de la poesía de Ecuador. Podemos decir que, al cabo de tres décadas de trabajar con talleres

de creatividad poética, no recordamos más que dos o tres alumnos que manejaban alguna información sobre la lírica de Ecuador. Y tampoco, salvo los nombres de siempre, la de otros países latinoamericanos. Hoy, incluso el internet se usa, en tal sentido, de manera limitada, más allá de las revistas virtuales y otros nichos informativos.

Volvemos a lo mismo. ¿Es que la poesía, por las propias condiciones de su génesis y su desarrollo de milenios, todavía no ha encontrado los rumbos que le corresponden como producto cultural de uno y de todos? ¿O será que el libro, el periódico, el internet, el disco, la oralidad, los talleres, la canción, los sistemas de enseñanza, los encuentros y festivales poéticos ya no son suficientes para atender eso que llamamos poesía y cuya producción —cualitativa y cuantitativa— nos está rebasando? ¿O será que todavía no han sido inventadas o descubiertas las cuerdas de energía socio/cósmicas que, mezclando los tiempos orales y escritos de la distintas culturas, sean capaces de originar un *tempo* nuevo, profundamente histórico y raigalmente espiritual?

La lectura de esta oportunísima antología, última publicación del sello y revista *Alforja* (ahora ya está *La Otra* en acción),<sup>1</sup> que prologa sabia y brevemente Jaime Labastida, fue la que provocó nuestras impacientes reflexiones. Impacientes porque, en este tiempo que como lectores concretos respiramos, la propuesta versal de Adoum, curiosamente, nos alejó de sus poemas leídos años atrás. En verdad, no reconocimos por completo siquiera los releídos en las ediciones recientes traídas de Ecuador. Fue como si en nosotros cada poema, aun cada verso, devorara o borrarla al de abajo, o a las capas de versos que se forman con las lecturas sucesivas o renovadas. Como diría Neruda, “no sé si me entiende”. Algo similar pero no de modo tan agudizado, se nos presentó en la ya alejada juventud, cuando descubrimos a otro poeta grande y soslayado: Pablo de Rokha, con su impactante poemario *Gran temperatura*. ¡Y qué enemigos resultaron entre sí esos dos Pablos!

En definitiva, fue como una lectura a ojo fresco, sobre una nebulosa base de metáforas huyentes, inaprensibles, e intraducibles en una última instancia, porque no podíamos simultáneamente medir su hondura estética y su ubicación en el verso, ni tampoco al unísono sopesar nuestro estremecimiento y el punto versal exacto adonde aquél era generado. Algo así como un remedo del principio de incertidumbre de Eisenberg. Lectura más libre, pues, más despojada de confusas sedimentaciones y más ajustada a la

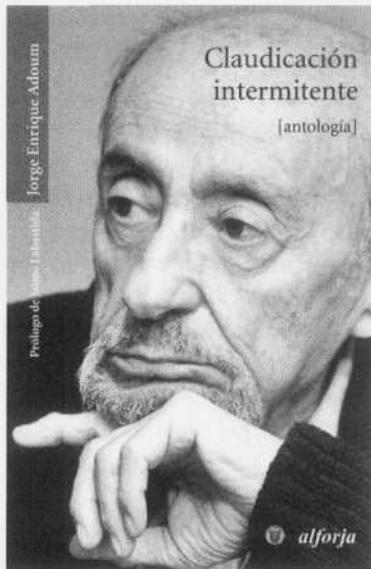
igual libertad que la cuidadosa organización de esta antología presenta. O sea, los poemas están situados en cinco secciones que llevan por título otros tantos versos del poeta. Así, cada sección adquiere un tono particular, y corresponderá a los lectores intentar a su vez, conscientemente o no, otorgar un orden o un continuo no estático al conjunto de lo recibido. Es decir, como suele pasar con la lectura de obras relevantes, en lo personal y en lo colectivo, cada receptor portará en su ánimo un libro similar pero distinto de *Claudicación permanente* (título, agregamos, publicado en el año 2003, aunque de distinto contenido).

Para nosotros no fue, sin embargo, una relectura sin memoria, sino la reactualización y ampliación de una experiencia que se había dado a través del áspero tránsito cumplido por Nuestra América de los años 70 a los 80, y que tanto golpeará a Jorge Enrique Adoum. Nos reconocimos otra vez en su permanente evocación e invocación de la patria, ese *Ecuador amargo* que diera a conocer en 1949 y que luego aparecería —en cuanto materia interminablemente elaborada— como importante cifra de su obra. Nos reconocimos en su larga situación de exilio, en la trashumancia obligada y/o elegida, en su acuciante capacidad para estar siempre con su verbo dispuesto a la representación tanto de lo cotidiano como de lo infrecuente, tanto del padecimiento propio como del ajeno dolor —y justamente por ajeno, asumido en la interna entretela.

En el conjunto de su propuesta, como se ha señalado con veracidad, se entretajan tendencias de nuestras más altas tradiciones líricas y de nuestras más esplendentes expansiones épicas. ¿O acaso *Los cuadernos de la Tierra*, sólo parcialmente incluidos en este libro, no parecen derivar, cual sucede con las raíces de ciertas palabras, de una épica asociada con el áspero transcurrir de la historia continental? Si hasta en “Las ocupaciones nocturnas” se plantea la fundación de una ciudad: ¿ecos o contraecos de Santa María, de Macondo, de Cuatrocasas, de Rivamento y otras? Hábito de épica actualizada, de gestiones dolidas, populares, colectivas que, por mera analogía, no podemos desvincular del *Martín Fierro*, el *Canto general*, *La hora Cero*, *El sueño de las escalinatas*, la *Epopéya popular de las comidas*, *Canto del macho anciano*..., sin obviar el señalamiento que Labastida hace del *Poeta en Nueva York*.

Pero esa épica incluye asimismo, más que como tema o tópico largamente sedimentado por la cultura, la actitud de Adoum con respecto al humano amor y sus rostros innumerables. Nada de ese amor parece serle ajeno, ni el amor erótico que expresa la figura materna, ni el de los amantes que sólo tienen sus huesos para abrazarse, ni el

<sup>1</sup> Jorge Enrique Adoum, *Claudicación intermitente (antología)*, Prólogo de Jaime Labastida, Alforja / Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2008, 222 pp.



amor-desamor-ágape-pasión que no podrá nunca ser representado por la mera palabra poética. Y, como otra ramificación de lo épico en Adoum, la atención directa a las cuestiones de la sociedad y de la historia, al modo quizá de los antiguos mitógrafos que pretendían generar mundos reales a partir de las confusas nomenclaturas de dioses, héroes, montañas, mares, bichos maravillosos, monstruos, tribus y naciones.

Esa atención, diríamos obsesión, sólo podría alcanzar aproximaciones en función de los viajes, del nomadismo, de la interacción con otras comunidades, con otros idiomas, con otros tonos del amor, del sufrimiento, de la amistad, de la ausencia. Es cierto, concordamos, Adoum ha escrito desde el dolor; siempre resulta revelador comprender desde dónde escribe un poeta, desde qué móvil punto de la personalidad multiplicada que respira en cada ser humano. ¿Cuántos otros somos en nosotros? Realmente, desde hace milenios los sabemos, de lo contrario a nadie se le hubiera ocurrido inventar el andrógino, ni los cambios de sexo como hizo la sacerdotisa Enjeduana hace 4300 años, ni nadie hubiera desarrollado los mitos y leyendas asociados con la metamorfosis.

Es quasi innecesario decirlo, la poética de Adoum se ha forjado también en el ancho ámbito de las letras ecuatorianas. Sólo bastaría anotar los tres nombres que ayudaron, creemos, a su tránsito poético: Jorge Carrera Andrade, Gonzalo Escudero y Alfredo Gangotena, bien alimentados todos por las vanguardias de principios del siglo XX, además de imaginativos, experimentales, enredados en los fecundos filamentos de su época. Habría que añadir asimismo a Hugo Mayo, nacido antes que ellos pero que los sobreviviera, poeta de asombrosa soltura temática y versal. Y quizás a Efraín Jara, por su desgarrante elegía “Sollozo por Pedro Jara”, que roza la

metafísica alzada por Adoum en su quizá más dramático y resplandeciente poema: “El amor desenterrado”.

Esta breve exposición a propósito de la antología *Claudicación intermitente* (título que parece sugerir una ciclotimia existencial), no puede ni debe soslayar lo que entendemos como señal evidente de la creatividad de este poeta: la pelea dialéctica entre los acosos escriturarios formales y aun experimentales de las décadas adonde se instaló o fue instalada su existencia de dinámico ciudadano de la patria y del mundo, y su insobornable apego al desciframiento y a la puesta al día de las numerosas utopías que se han dado y se dan en la América Magna de Pedro Henríquez Ureña, y sobre las que ha escrito tan acertadamente Fernando Aínsa.

Los arquetipos de la utopía social, de la utopía amorosa, de la utopía espiritual, son desarrollados por Adoum con base en una escritura de asentada, adensada, intensa, esclarecedora, elaborada, renovada, dramática propuesta. Es tanta la sabiduría de vida y tanto el conocimiento de la lengua hispanoamericana, así como de otras, que las modalidades versales (aun en la mezcla de géneros, según las líneas admirables de “Algunos Juanes de Rulfo”), aparecen sostenidas por frecuentes encabalgamientos, versículos detonantes, neologismos a lo Oliverio Girondo, hipérbaton naturales, adjetivación relampagueante, fraseo coloquial, ritmos tan fluidos como deliberadamente tropezados, duro lirismo, metros clásicos en connubio con metros populares, etc., todo ello distanciado de los ensayos intertextuales de hoy, que sirven tanto para ganar jugosos premios como para demostrar falta de imaginación creativa.

Jorge Enrique Adoum se ubica, por el conjunto de su obra poética, dentro y fuera de la poesía del Ecuador. Como es ecuatoriano de hueso colorado, es latinoamericano/ caribeño y, por tanto, terrícola de tiempo completo. Un poeta más allá y más acá de sí mismo, que llegó a esa frontera indefinible en donde se unen, místicamente, la verba poética, la apasionada fe en la justicia social, la insaciable sed de utopía y las dimensiones sombrías y esplendentes del humano amor. ☒

---

**Saúl Ibarbroyen** (Montevideo, 1930). Escritor y editor uruguayo-mexicano. Fue presidente de la Asociación de Escritores de Uruguay. Es autor de una vasta obra, recogida en la antología titulada *El poeta y yo*. Con el poeta argentino Jorge Boecanera, publicó tres antologías de poesía latinoamericana: *Rebelde*, *Amorosa* y *Contemporánea*. En 2002 recibió en México el Premio Nacional de Poesía “Carlos Pellicer”. Fue subdirector de la revista *Plural* en su segunda época y actualmente es editor de la Revista *Mexicana de Literatura Contemporánea*. Es miembro del Concepto Editorial de *Archipiélago*.